Noelia se quedó pensativa. ¿Un café? Tal vez fuera sólo un café, pero ella no se podía quitar a aquel hombre de la cabeza.

Esa mañana, Noelia la tenía libre. Le debían días en el trabajo y, aunque siempre la estaba puteando en sus días de descanso, su jefe, Eduardo, era considerado en estos temas.

Sonó el teléfono. Era un amigo de Noelia. Ella algunas veces quedaba con él para tomar unas copas y pasar un rato agradable. Daniel era casado, pero a ella eso no le importaba. Tan sólo le interesaba satisfacer sus necesidades y cada cual a su casa. Así era desde que puso fin a su relación. No más ataduras, no más dependencia de nadie, no más sentimientos. Tan sólo pasarlo bien. Y a pesar de pasarlo bien con él, no podía quitarse a aquel hombre que aunque mayor que ella, le despertaba una cierta ternura. Tal vez eso era, la ternura con que la miró lo que se le quedó grabado.

Sí, le llamaría y quedaría para tomar café. Quería averiguar por qué ella sentía aquella atracción hacia aquel hombre.

Noelia se volcó en su trabajo y aunque hacía unas semanas que no se encontraba bien, decidió ir a trabajar. Siempre era ella la que cubría las entrevistas de famosos, personajes que decían llamarse famosos más bien, pensaba ella. No terminaba de entender como una persona lanzaba un single y a la mañana siguiente ya estaba en todas las portadas del país. Con la cantidad de buenos cantantes y actores que hay y tener que entrevistar a un niñato, la mataba, pero así era su trabajo. Trabajo al que se había dedicado casi toda la vida, puesto que sus padres eran periodistas como ella. Pero no en el mismo campo, sino que ellos viajaban a las zonas de guerra. Les encantaba estar dentro de la noticia y hacerla llegar de primera mano. Ella sufría mucho por ellos, pero entendía que eran felices viviendo de aquella manera.

Noelia sin pensárselo más, cogió el teléfono y marcó el número de Luis. Éste preparaba un informe preliminar para un presupuesto, cuando el repicoteo del teléfono le sobresaltó. En el momento en que se ponía a trabajar, su pensamiento se centraba sólo en ello.

—Sí, dígame —se recostó contra el respaldo del sillón.

—Hola, Luis. ¿Me reconoces? Soy Noelia.

Él se sobresaltó ante la sorpresa, dando un salto del asiento, pues no esperaba su llamada. Pensó que lo del café había sido simplemente para quedar bien, puesto que no llegaba nunca aquella llamada.

—Cómo no, ¿qué tal estás? Que agradable sorpresa —contestó rápido.

—Bueno, recordarte que tenemos un café pendiente.

Luis no daba crédito a lo que escuchaba.

—¿Cómo lo podía olvidar? Esperaba tu llamada.

—Bueno, tú dirás dónde —respondió Noelia—, aunque yo te propondría un sitio…

—Proponlo.

—¿Te parece bien que repitamos el sitio donde nos vimos la primera vez?

—Por mí, encantado. ¿Esta tarde?

—Esta tarde me parece bien.

—De acuerdo, hasta esta tarde pues. Un saludo.

—Un abrazo.

Encendió su eterno cigarrillo, y mientras exhalaba el humo, se quedó pensando de nuevo en aquella mujer. Una leve vocecita, le sacó de sus pensamientos. Miró hacia la puerta de comunicación con el despacho de Alba, y la vio recostada en el marco, fumando.

—¿No me cuentas nada? —preguntó, con una sonrisa.

—Sí, que esta tarde me la tomo medio fiesta, tan pronto termine este informe. Estoy cansado.

Alba se le quedó mirando, mientras avanzaba hacia él con su sonrisa pícara.

—¿Se puede saber dónde va el señor, después de esta llamada? —sonrió Alba— Te ha cambiado el semblante. ¿Es guapa? —preguntó.

—Sí, es atractiva. Pero no pienses mal, es más un compromiso por mi parte —contestó Luis, quitándole importancia.

—¿Madrugarás mañana? —siguió preguntando ella.

—Sí. Quedé con Trini a las siete y media, para subir a la zona norte. ¿Te parece bien?

—¿Sabes hasta donde estoy de Trini? —Alba se puso irritada— Podría subir ella sola.

—No puede ser. Quedé con el concejal en almorzar con él. Ella verá el trabajo, yo la política. Ten en cuenta que esto que estoy preparando es para el nuevo centro escolar que tienen pensado inaugurar el mes que viene. Nos interesa.

—Tú siempre tienes disculpa para todo. A la hora de comer, aquí —dijo tajante— ¿Os pensáis que voy a pagaros la comida y la habitación del hotel?

—¿Sabes qué te digo? Qué podías venirte y hacíamos un trío —bromeó con Alba, que salió del despacho bufando como un gato.

Luis miró su reloj y viendo la hora, despejó la mesa como tenía por costumbre; fue al baño, a refrescarse la cara; se aseó la corbata y el cuello de la camisa, y después de peinarse, fue al despacho de Alba, le levantó el pelo, y le dio un suave beso en la nuca.

Bajó en el ascensor, haciendo un gesto de despedida al conserje como tenía por costumbre y salió a la calle.

La cafetería le pillaba cerca de donde tenía el despacho. Andando, cinco minutos, no mucho más. Quería llegar antes que ella. Al entrar, observó que su mesa estaba ocupada por una mujer vestida de sport. Se enfadó consigo mismo, encaminándose hacia otra mesa. Cuando se disponía a sentarse, escuchó que le llamaban.

—Luis, ¿qué no te sientas conmigo? —Noelia estaba sentada de espaldas a la puerta y no la había reconocido. Luis se sintió ridículo en aquel momento, se ruborizó ante la mirada sonriente de ella, que al ver su nerviosismo, estalló en una carcajada, que le contagió también a él.

No podía ser aquella mujer la misma de aquella tarde en aquel mismo lugar, ni tampoco la de la otra noche en la exposición.

Vestía un pantalón vaquero embutido dentro de las botas y cubría su bonito cuerpo con un fino jersey, abotonado por delante con un escote que la hacía preciosa. Sobre la silla, una cazadora de piel.

Noelia se levantó para saludarle y mientras Luis extendía la mano, ella le puso la mejilla para ser besada. Se sentó frente a ella, y por unos momentos, contempló aquel rostro, el cual entre unas cosas y otras no tenía definido aún.

Al darse cuenta del estudio al cual estaba siendo sometida, cruzó sus manos debajo de la barbilla, sonriéndole irónicamente.

Luis contempló entonces unos bonitos ojos de un azul intenso, unos labios bien dibujados sobre una suave y dorada piel, una larga melena de color caoba, que enmarcaban aquel bello rostro.

—¿Satisfecho? ¿Aceptable?

—Sí. Muy satisfecho. Muy bonita. Preciosa, diría yo —confesó Luis, un tanto cortado.

Había una cosa que no entendía. Aquella mujer lo desarmaba. Le cortaba, le hacía sentirse tímido con ella.

Noelia tenía una personalidad que llamaba la atención, por su soltura al moverse, por ser desenvuelta en su conversación y por esa belleza natural sin ningún tipo de maquillajes superfluos. Ella tenía su propio carisma. Aquella mujer no precisaba de todo eso para llamar la atención de un hombre, bastaba con una mirada acompañada de una sonrisa.

—Bueno, ahora me toca a mí, ¿no? —sonrió ella fijando su mirada en Luis.

Él calló, mientras Noelia escrutaba su rostro penetrando en sus ojos con su mirada.

—¿Y bien? ¿Llamamos al camarero? —preguntó sonriente y al mismo tiempo nervioso— ¿Qué deseas, Noelia? —era la primera vez que pronunciaba su nombre— ¿Café o una copa?

—Llámale y después decidimos ¿te parece? Creo que me apetece una copa. ¿A ti no?

Su cara resplandecía ante la mirada de Luis.

—Sí. Creo que necesito algo más fuerte que el café. Por mi parte un vodka con limón.

—Vale. Yo pediré algo más suave, un vino dulce estará bien. Por si tomamos más de uno y tengo que llevarte a casa ——rieron los dos.

Luis levantó la mano llamando al camarero.

—Sí. Por favor a mí me trae un vodka con limón, pero no me ponga el limón. Yo me lo pondré.

—Muy bien. Y la señora ¿qué va a tomar?

—Pues me va a traer una copita de vino dulce.

—Ya mismo —contestó el camarero con una sonrisa.

—Bueno Luis, ¿a qué te dedicas? Supongo por el traje que llevas, que debes ser comercial. ¿Me equivoco?

—Sí, lo has deducido bien. Soy director comercial de una empresa de servicios —contestó Luis—. Si quieres que te diga la verdad, hace unos meses no tenía idea de todo esto, pero la vida te hace muchas veces reciclarte.

—¿Qué no es tu profesión?

—No. No desearía entrar en detalles, sólo te diré, que después de tener que cerrar un negocio, en cuya profesión pasé toda mi vida, estaba aterrado —prosiguió Luis—. Lo único que me salvo, es que toda mi vida durante mis horas libres, me dediqué a formarme en otros campos. En ella conseguí mucho, ser respetado por muchos profesionales como yo. En fin, no deseo aburrirte.

Mientras Luis le explicaba a qué se dedicaba, Noelia apenas prestaba atención a lo que le estaba contando, tan sólo le observa.

Imaginaba a Luis acariciándola, se imaginaba ella entre sus brazos, pero no. Aquello no podía ser. ¿Se había vuelto loca? ¿Desde cuándo tenía ella estos pensamientos? No le había pasado nunca y menos, tenerlos de un señor como Luis, que aun aparentando tener jovialidad en su semblante, no dejaba de tener mucha más edad que ella, aunque no podía definir la edad de aquel hombre.

—Noelia, Noelia... —llamó Luis.

—Perdón. Discúlpame.

—Creo que no te has enterado de nada de lo que te he estado contando. ¿Puedo preguntar en qué pensabas?

—Bueno, por preguntar sí, pero no creo, Luis, que sea apropiado decírtelo.

El camarero llegó portando sus consumiciones. Él los miró a los dos y dejó la bandeja en la mesa, depositando las bebidas entre ambos. Esta vez se quedó mirando fijamente a Noelia con una mueca picaresca, dio la vuelta marchándose a la esquina de la barra.

—No pensaba en nada, discúlpame. Tan sólo es que tengo la mente en mil sitios a la vez. Mis padres están en zona de guerra, ayudando a los menos agraciados. Forman parte de una ONG, mi mejor amiga tiene problemas, y yo estoy harta de cubrir noticias que los demás no quieren.

Le mintió. No iba a contarle lo que se le había pasado por la mente.

—¿Hay alguien esperándote en casa?